

CUENTO N° 218

TÍTULO: LA CAJA NEGRA DE RETRATAR

SEUDÓNIMO: COLOMBINA

AUTORA: LAURA CURIE NARANJO ARCAYA

CAJA NEGRA DE RETRATAR

De la mujer que se obnubiló con la caja de retratar

Colombina Ismenia Saldívar Coñicura, se restregó los dientes con el pañuelo frente al minúsculo espejo que borrosamente reflejaba su esplendorosa cara de luna llena.

Sus ojos redondos como quesos frescos estaban bordeados de pestañas negras, gruesas y tiasas parecidas a las cerdas de los escobillones que tan graciosamente escuchara llamar “chancho del piso”.

Sus trenzas vigorosas encerraban la humedad y el humo espeso de esa isla del sur. Todo en ella era redondo desde la curva del dedo gordo del pie, hasta sus pensamientos no sabía que la geografía vivía en mapas y que otros lugares existían, a pesar de eso el aroma de Leopoldino le dijo que él venía de otra parte.

Leopoldino Villavicencio Villavicencio tenía la estampa y el porte de los amos, de aquellos que viven en los cascos antiguos de grandes ciudades, esto sólo en apariencia, pues él era un errante, amado a su paso por señoras, señoritas, dueñas de canarios y loros, por mujeres generosas. Junto a payadores, chinchineros, jugadores y tangueros era bienvenido en pensiones, estaciones de trenes y buses interurbanos, pero él, él no vivía en ninguna parte.

Tenía el pelo duro y retinto que engominaba con esmero, lucía bigotito de tres hileras de tiosos pelos cuidados, tan tiosos como las pestañas de Colombina.

Leopoldino había satisfecho un gran anhelo vanidoso y demostraba su poderío en un diente de oro, pieza de gran valor que tenía ofrecida, a su muerte, o si la necesidad lo ameritara antes, a su hermana viuda.

COLOMBINA

En amores tenía experiencia, había visitado muchas camas por la naturaleza de su oficio, a lo que él llamaba seriamente su “profesión” y era esa misma naturaleza la que le había impedido hacer compromisos, él no podía permanecer en un lugar.

Por otra parte las mujeres conocidas, no eran aquellas aguerridas capaces de seguir su pelo tieso y brillante, la mayoría temía ser retratada en poses íntimas o escandalosas, como ellas decían y luego ser abandonadas en cualquier pueblo donde Leopoldino esperaba especialmente el domingo, para retratar a conscriptos de franco, trabajadoras en su día libre, jubilados al sol y niños, muchos niños que llegaban a las plazas.

Los domingos eran los más trabajados y cobraba especial importancia la luz y el sol, que lloviera en la semana o el sol no apareciera en miércoles, no era tan grave como que esto ocurriera en domingo.

El sol y la luz, el resto lo daba “la estética” según sus propias palabras, la estética era todo lo demás, incluido él mismo, el cabello del caballero, la pierna de la señorita, la parroquia atrás de los de primera comunión, el rosario. “La estética” el retrato sin estética no es retrato, es una vulgar foto.

Él tenía mucha estética, lo proclamaba y ese era el secreto de su éxito. Sus retratados obedecían a ese brazo que ordenaba, mientras él, sumergido en un tubo de tela negra, escondido, tenía el privilegio de mirar lo que más tarde haría aparecer.

El día que Colombina se dejó retratar, todo confluyó en armónica explosión, el sol, la luz y la “estética”, así bajó a la plaza la singular atracción que bañó mejor que nunca las redondeces de ella y el pelo retinto de él, los pelos tiesos y las pestañas de acero se atrajeron de tal forma que sin que mediara palabra alguna

COLOMBINA

ambos se obnubilaron permaneciendo unidos por las magias sin nombre y con el espíritu retratado como prueba fehaciente del hecho.

Ella se miró en el pedazo de papel, sonrió, suspiró, escuchó que el dueño de la máquina de retratar suspiró junto a ella en dúo perfecto, vio su diente de oro brillar y lo adoró de inmediato.

Colombina fue a su casa por última vez, dejó su primer retrato sobre el aparador de la cocina, cerca de la panera, recogió en un bolso harinero una enagua hecha por ella terminada en rudo encaje de pitilla, sin saber porqué se sacó el escapulario y lo puso bajo el colchón (antes lo besó con los ojos cerrados)

También tomó su preciado par de medias, un chaleco azul brillante que le regalara su madrina, el costurero, dos sábanas del mismo género y encaje de su enagua, la peineta de hueso, el silabario que aún conservaba como recuerdo del único año que fue a la escuela, haría ya dos décadas.

-¡Quién diría!

Ella que había sido lechera y tejedora, ella que no creía en cuentos, que se cubría los brazos por respeto a su persona, ella orientó la cruz de los vientos al norte y como todo animal hermoso en celo, abrió las alas de su nariz y siguió el perfume que exhalaba Leopoldino, dejaron por donde pasaban los perfumes de los dos.

Tenía los pechos firmes y tan grandes que era imposible no desear hundirse en ellos e impregnarse del olor que tuvieran.

COLOMBINA

Leopoldino cerró las patas que sostenía la caja, guardó las mangas negras que tanta pompa le daban, pasó la lengua por el diente de oro, suspiraron a dúo y se embarcaron en la lancha de las 7 de la tarde, no hablaron, si lo hubieran hecho, los espíritus los acallarían. Llegaron al continente a la mañana siguiente, así mirando estrellas y oyendo el chocar de las olas transcurrió su primera noche.

Leopoldino, hombre de mundo, encaminó sus pasos a la pensión adecuada, desde donde salía el olor a pan amasado y la leche hervía a punto de reventar la olla. Era la primera vez que venía acompañado a pedir alojamiento a una “casa decente” esto significaba mucho más de lo que él o ella se imaginaran

No supo cómo presentarla, recién ahí cayó en cuenta que ambos venían suspirando a dúo toda la noche, que de seguro a ella le dolía con placer el mismo lugar del pecho que a él, que no sabía su nombre y sin embargo se imaginó que seguirían juntos.

Estaba nublado, era lunes, día ideal para no trabajar, se asomaron a la ventana y mirando al mar se contaron algunas historias. Se amaron dos días seguidos, al tercero desayunaron ahí mismo, cogieron el tren de la noche, tiqui- tiqui taca taca taca, comenzando así el conocimiento del norte del alma, las plazas de su país y del secreto de retratar de a dos.